

## LOS OJOS DEL ARQUITECTO \*

Alfredo Rodríguez

\* Intervención en la conversación sobre el papel social del arquitecto, Centro Cultural Mapocho, viernes 22 de julio 1983.



1.

Se pueden elegir distintos caminos o entradas para iniciar una discusión con respecto al rol o función social del arquitecto. He escogido una aproximación ortodoxa: en nuestro país, hoy día, en una economía social de mercado, los arquitectos (aquellos que diseñan casa, edificios, barrios, que ordenan ciudades) tienen una función social clara y determinada; son un instrumento más de la acumulación capitalista. Ese es su rol social.

Esta afirmación nos lleva a que tengamos que precisar con mayor detalle respecto a lo que estamos conversando esta tarde. Porque cuando nos preguntamos acerca del rol social de nuestro trabajo, nos estamos refiriendo -al menos entre nosotros- a un sentido de nuestra práctica profesional diferente de lo habitual, o mejor dicho, de lo que es considerado como habitual y "normal" en una economía social de mercado. Nos estamos refiriendo -así lo entiendo yo- a cómo poder acercar nuestra actividad a los problemas de las gentes, del pueblo, a los problemas de la construcción de la patria.

Por tanto el primer paso que tenemos que dar es tener en claro qué es lo que estamos haciendo, sacudimos el ropaje ideológico que recubre a nuestra práctica. Este punto de partida permitirá ver las posibilidades de otras maneras de hacer arquitectura, como también formas de intervenir (nosotros como personas, como ciudadanos, no sólo como arquitectos abstractos) para que otras alternativas puedan hacerse realidad.

2.

Partamos de una base. No se puede hablar de una aproximación individual del arquitecto a sus obras, a las construcciones; y mucho menos se puede explicarlas a partir de actitudes y aptitudes personales. Aún en el caso límite de la aproximación poética, el acercamiento del arquitecto está mediado y separado de su obra. Es diferente, por ejemplo, al caso del pintor (hablo en términos muy generales): este último enfrenta a su obra directamente, la mano

es la extensión del ojo, y la herramienta la extensión de la mano. En la obra del arquitecto existe una neta separación del trabajo intelectual con respecto a su realización. Por una parte está el diseño (con toda una serie de elementos condicionantes de carácter cultural, social, económico, etc.) y por otra parte la realización de la obra en la cual intervienen: (a) la fuerza de trabajo; (b) las herramientas; y (c) el capital (capital financiero generalmente). Cada uno de estos elementos que intervienen en la realización, en la ejecución, imponen condiciones a la obra. (La calificación de la fuerza de trabajo; el desarrollo de las fuerzas productivas: los materiales y equipos disponibles; las tasas de interés vigentes en un momento dado, etc.).

No existe una pretendida soledad del arquitecto frente a su obra. Y esto es algo que no sólo ha sido comprendido o interpretado desde una vertiente marxista. Hace algo ya como ochenta años atrás, Louis Sullivan (el hombre de Chicago que inició la época de los grandes edificios en altura) de cía en Kirdergarten Chats:

"La arquitectura no es un simple arte a ejercer con más o menos éxito: es una manifestación social. Si queremos saber por qué las cosas son como son en nuestra arquitectura, hemos de mirar al pueblo; porque el conjunto de nuestros edificios son la imaginación del conjunto de nuestro pueblo, aunque uno a uno sean imágenes individuales de aquellos a quienes como clase, el pueblo ha delegado y confiado su poder de construir. Así, bajo esta luz, el estudio crítico de la arquitectura se convierte en un estudio sobre las condiciones sociales que la producen".

Si superamos la tentación sociológica de pensar que existe en las palabras de Sullivan una ideologización respecto al pueblo y nos quedamos sólo en un enunciado literal, veremos lo certero de ellas. En Chile -digamos Santiago (por no decir Valparaíso)- sólo un reducido porcentaje de las edificaciones son realizadas, o han intervenido en ellas, arquitectos; su gran mayoría son efectivamente fruto de la imaginación del pueblo.

3.

En la medida que la arquitectura, entendida como construcción, ha ido perdiendo sus características artesanales y transformándose cada vez más en un elemento constituyente de la acumulación interna de capital (tal como ocurrió en el período 1960-73), o en un agente más del capital financiero (desde 1975 en adelante), el papel tradicional del arquitecto ha cambiado notablemente.

El arquitecto ha ido perdiendo no sólo la autonomía que tenía (el problema no está en esta pérdida, sino en el darse cuenta o no de la pérdida) sino que también del lugar articulador del proceso de construcción: (a) los tipos, programas e incluso diseños han quedado -salvo excepciones- en manos de los promotores inmobiliarios; (b) se han convertido en asalariados (cuando no en cesantes) en oficinas de arquitectura, en industrias de construcción, en organizaciones promotoras, en oficinas públicas; o en un empresario más, que tiene a

su vez como asalariados a otros arquitectos.

Es cierto, hay casos excepcionales, pero éstos no son lo habitual, ni menos la tendencia predominante. El resultado de todo esto es una falta de correspondencia entre la imagen de la actividad del arquitecto como una profesión liberal -que aún se mantiene- y la realidad ocupacional. El camino hacia adelante debe partir de lo que somos en realidad; de nuestra realidad; no de falsearla o ideologizarla.

En el pasado han habido distintos cursos de acción que los arquitectos han tomado. Un buen número experimentó un enorme desencanto cuando comprobaron que lo que la tradicional formación liberal burguesa les había dado no correspondía con la realidad: no podíamos transformar radicalmente el espacio; no podíamos dar solución a los problemas básicos de nuestra ciudades; no bastaba el trazo genial. Por otra parte leíamos a Engels y supeditábamos la solución del problema de la vivienda y del urbanismo a los cambios estructurales.

Y las salidas fueron la politización, la universidad, el urbanismo (1).

Posteriormente, estos oscuros años que cerraron esas tres salidas nos han enseñado algunas cosas importantes. Nos han enseñado la construcción paciente (la reconstrucción paciente de nuestras ideas, de nuestras vidas, de las relaciones sociales, el fin de la supeditación de los cambios a los cambios totales); y a comprender la dialéctica de la vida y de las cosas: no se trata de esto o lo otro, sino de ver cómo esto se transforma -a la vez que se contiene- en lo otro.

Si aceptamos el supuesto inicial de que la arquitectura, la práctica profesional de los arquitectos, tiene una función social determinada, nuestro problema actual es de como cambiar esa función social, ampliándola, modificándola, introduciendo nuevas dimensiones de acción.

4.

Los arquitectos tenemos algo que decir con respecto a la forma de cómo queremos habitar y participar; no podemos resignarnos a aceptar la función social que otros nos han asignado o que otros han decidido por nosotros. Me parece que en esto tenemos una doble tarea: por una parte, tener una palabra, algo que decir. Por otra, lograr un espacio donde se pueda decir lo que queremos decir.

Y este nivel de acción, es un nivel político.

---

(1) No se puede dejar de mencionar que esto ocurrió en medio del transcurso del enorme proceso de democratización que experimentó el país en los años sesenta y comienzos de los setenta. Durante ese período, simultáneamente con la expansión del sector capitalista de la construcción (formación de las grandes empresas de la construcción que actualmente existen) que amplió el mercado laboral de los arquitectos, se democratizó la práctica profesional tanto en las oportunidades de trabajo (concursos) como en los programas a desarrollar.

Es recuperar la dimensión política de la vida. Esa dimensión a través de la cual podemos expresar aquello que no estamos dispuestos a delegar en nadie.

La materia específica de la arquitectura ha estado siempre vinculada a la política: la arquitectura ha estado siempre vinculada al poder, al Estado; ha sido y es la imaginación del pueblo; expresa y materializa la historia. Además el territorio en el cual se asienta y al cual da forma: la ciudad, es y ha sido materia esencialmente política. (Civitas y polis).

Tener algo que decir con respecto a la arquitectura y lograr un espacio que permita que podamos decir lo que queremos: es recuperar el lenguaje público.

La arquitectura es un lenguaje colectivo de la imaginación popular, que se materializa por su intermedio. Como lenguaje vive la suerte (y es solidario) de los demás lenguajes censurados bajo el autoritarismo.

5.

Podemos ampliar nuestro papel social generando una conciencia cívica, desarrollando a través de nuestra práctica profesional una creciente participación ciudadana. Impulsar la participación de los usuarios en las obras de arquitectura, en las decisiones urbanas, en las intervenciones urbanas; generar experiencias de diseño colectivo; ampliar el criterio de valorización de las obras, son todos caminos a seguir. De esta manera se podría pasar de ser instrumentos del capital a servidores de la comunidad; a expresar con mayor fidelidad la imaginación popular.

Louis Sullivan tenía un juicio radical con respecto a lo que deberían ser las obras. "La obra del sabio en definitiva ha de probar (y es tarea suya producir las pruebas) que él es un ciudadano, no un lacayo; un verdadero aspirante a la democracia, no un instrumento de las más insidiosa forma de anarquía. En una democracia sólo puede haber una única y fundamental pregunta a la que el ciudadano deba responder: ¿Cómo emplea usted las capacidades que posee, para el pueblo o contra el pueblo?".

La economía social de mercado reconoce en el mercado al único árbitro para evaluar las capacidades. Las palabras de Sullivan señalan otras formas de evaluación: el uso; la reproducción y creación de costumbres; el cuidado y respeto de la cultura; la defensa del patrimonio, etc., dimensiones de la vida colectiva que escapan a los intereses particulares del capital.

6.

Otra forma de ampliar la función social de los arquitectos es incorporando el pensamiento ecológico en nuestras acciones, por lo menos en una triple dimensión: (a) El respeto por la tierra. Nuestras ciudades ocupan en la historia del planeta un lugar muy reciente, son casi un instante en la vida

de la tierna. Con nuestras obras destruimos lo que ha tomado millones de años en formarse. Pero el respeto por la naturaleza no es importante sólo por eso, sino porque a través de esas modificaciones y transformaciones introducimos cambios que afectarán a las próximas generaciones. En este sentido el respeto por la naturaleza tiene una dimensión profunda de respeto por la especie humana, por la continuidad de la vida. (b) Nos ofrece la posibilidad de repensar las formas arquitectónicas que construimos introduciendo respuestas acordes con la naturaleza: aprovechamiento de la energía solar pasiva, de la energía eólica, etc.. (c) Y, lo que considero más importante, es que el movimiento ecologista pone en duda, discute y cuestiona la mantención de la idea de progreso tal como ha sido el ideal de las sociedades industriales desarrolladas. La posibilidad de discutir otras ideas de progreso y de desarrollo que permitan que se expandan nuestras capacidades creativas, nuestros sentidos, las formas de relacionarnos entre nosotros, creo que dan una nueva función social a los arquitectos,

7.

La reconstrucción de nuestra patria en la perspectiva de un proyecto democrático, popular, abre un enorme campo de acción a los arquitectos, en el cual se amplía su función social.

Se vislumbra, y yo diría aún más, estamos a las puertas de un momento histórico singular de nuestra patria, frente a lo cual o avanzaremos creativamente o repetiremos recetas.

Pienso que existen, al menos, tres niveles de preocupaciones que, como arquitectos, deberíamos tener en cuenta: (a) El problema del poder, del gobierno, de la democracia. La democracia no como algo abstracto sino como algo concreto, diario, en nuestras ciudades. Los arquitectos tenemos algo que decir con respecto a las formas de participación social y política en nuestras ciudades, en nuestras comunas, en nuestros barrios. (b) El problema de las condiciones materiales de vida: la vivienda, los equipamientos, la infraestructura. Cómo vamos a enfrentar, paliar, y solucionar los enormes déficits que en estos 10 años se han acumulado. (c) El orden represivo cotidiano. No sólo el orden represivo policial, sino aquel que nace de nuestros hábitos de vida, aquel que está presente en la forma como habitualmente concebimos los espacios que acogen nuestra vida diaria.

En la perspectiva de superación del orden autoritario, en la perspectiva de un proyecto nacional, adquieren sentido los esfuerzos aislados, pacientes, que diferentes arquitectos, grupos, personas han ido desarrollando en estos años; adquieren una dimensión colectiva; adquiere sentido la recuperación histórica de experiencias anteriores.

8.

No estamos partiendo de cero, tenemos nuevas y antiguas experiencias.

Sabemos hoy día que no se trata de esto o lo otro, sino

que, como en todas las cosas reales de la vida, las respuestas van surgiendo imbricadas: lo nuevo saldrá de lo viejo, será diferente, la historia no se repite, pero en lo nuevo estará presente lo viejo.

En nuestro país, en el cual se ha tratado de hacer tábula rasa del pasado, en el cual se han separado generaciones y quemado libros, es importante retomar el hilo de la historia, pero retomarlos dialécticamente: no se trata -insisto- ni de lo viejo, ni de lo nuevo.

Los grandes formalistas rusos -viejos bolcheviques- lo sabían muy bien. Víctor Sklovski decía: "Yuri Olesha contaba un cuento que no se escribió: lo anotaré, para que no se pierda". Yo lo repito aquí para que no se olvide:

"El abejorro estaba enamorado de la oruga, la oruga se murió y se amortajó con el capullo. El abejorro permaneció junto al cuerpo de su amada. En una ocasión el capullo se rompió y salió de él una mariposa. El abejorro odiaba a la mariposa que había matado a la oruga.

Una vez quiso matar a la mariposa, pero al acercarse vió que los ojos de la mariposa eran conocidos, eran los ojos de la oruga.

Los ojos quedaban.

Lo viejo queda en lo nuevo, es reconocible, pero recibe una nueva interpretación, adquiere alas, otras funciones.

Ahora los ojos se necesitan para volar, no para arrastrarse".

NOTA: Parte de lo expuesto se puede rastrear en libros de E. Pradilla, V. Sklovski, O. Bohigas, R. De Fusco, L. Sullivan y en conversaciones con T. Lima Campos, H.E. Jorgensen y E. Tironi.



